

Un Castell de ilusiones

El mar, la luna, el rito, las estrellas, el fuego
Los griegos, el humo, el caos, el resplandor de las luces
Las piedras romas, fulgores, colores, olores, llamas y explosiones y la Illeta. Siempre la Illeta
Estrépito, pólvora, palmeras, el Mediterráneo a nuestros pies
Verano, noche, chispas, historia, tradición, agua, furia, playa, truenos, relámpagos, oro y orgía
Y pintura, plata y peces, espejo y espuma, vida y brisa
Y al tanto cetáceos y hasta algún dragón excitado, y claro, como no, nuestra Olla: l'Olla de Altea.

Más bien, todas estas palabras se las debemos a un grupo de amigos que alumbró esta fiesta en honor a San Llorenç hace 34 años. Estos valientes cofrades, protohombres de nuestro patrimonio cultural la han hecho crecer y tan solo con amar, y pervivir, y es tan hermosa que ahora todo el mundo quiere venir. Y es el mar de Altea el que refleja las caras de felicidad de los alteanos con sus sillas y neveras y sus corazones en la mano. Porque esta noche se trenzan fraternidades y amores. Y nada es en vano.

Y se come, y se bebe y se baila, también en las embarcaciones. Y de repente todo desaparece, salvo el mar y los fuegos. Bueno, y salvo nuestra euforia contenida en el puro presente, y la ansiedad por anticipar lo que ocurrirá el segundo siguiente.

Es una noche para atesorar entre nosotros las intenciones de mejorar, de crear mundos ideales, de alcanzar lo imposible. Nuestras ideas explotarán como pompas al salir de nuestra mente y durarán, y algunas quedarán o se irán para siempre aun sabiendo que todo es frágil aun sabiendo que todo ello se desmiembre.

Y aunque sea por una noche, y tan solo en una pequeña bahía, entre los pinos y la illeta llenos de alegría, que la belleza explote, que nos anuncien la profecía, que lleguen mundos ideales que existen, como el Castell de l'Olla nos dice y que a esta tierra Altea siempre bendice.

Miguel Lorente Boyer